

número de habitantes del mundo representados, comienza a funcionar con mayor parlamentarismo, se escuchan en ella opiniones importantes, se enfrenta con las hegemonías, es más variada. Es un principio. Puede malograrse. Pero está ahora mucho más allá de lo que lo estuviese nunca la Sociedad de Naciones —un precedente que añade su «mala prensa» a la ONU actual—, e incluso más allá de lo que estaba ella misma hace un año, hace dos.

EL temario con el que se enfrenta esta sesión —la 27— de la Asamblea General es delicado y muestra algunas de sus propias debilidades. El intento de hacer del terrorismo su tema principal, a gusto de los Estados Unidos (aunque propuesto por Waldheim con otras intenciones que de alguna manera señaló en su discurso de despedida el presidente saliente, Malik: para acabar con el terrorismo palestino hay que resolver el problema palestino en su raíz), parece que desaparece de los debates, y se lleva a la Sexta Comisión (la jurídica). Puede calcularse por encima que, a su ritmo actual, el terrorismo de todos los colores, todas las políticas y todos los países necesitaría cien o doscientos años para producir el número de víctimas que produce la guerra de Vietnam en una semana, y la guerra de Vietnam apenas ha conseguido entrar en la Asamblea de las Naciones Unidas, hasta ahora, por la vía lateral de algún discurso, pero nunca como tema de debate, ni mucho menos de resolución. Y no debe caber ninguna duda de que la guerra de Vietnam ha sido en muchos momentos —y hoy lo es menos— una gran aproximación a un conflicto mundial, de grandes proporciones, cosa que hasta ahora no ha logrado el terrorismo, ni parece que esté en sus posibilidades inmediatas.

SERA difícil que la Asamblea trate del desarme nuclear, será difícil que se estudie —como quería China— la reunificación de Corea, y China hará cuanto esté en su mano por evitar el ingreso de Bangla Desh, al cual ya vetó en el Consejo de Seguridad. Será difícil, también, que se llegue a una idea general aceptable sobre las cuestiones de paz en Oriente Medio. Y parece imposible que el gran tema que se propone Waldheim logre mayor éxito: que las Naciones Unidas sean el escenario de los grandes acuerdos internacionales que se están haciendo fuera de ella. Es decir, de las negociaciones de Estados Unidos con la Unión Soviética y con China.

ESTE último es el punto de mayor debilidad de la ONU. Su comisión de desarme, por ejemplo, se reúne periódicamente desde hace varios años, y nunca ha conseguido un acuerdo, mientras que en unas sesiones de las SALT se han conseguido acuerdos sustanciosos entre Estados Unidos y la URSS. Toda la aproximación de estos dos gigantes se ha hecho por vía de negociaciones directas.

PERO este drama acongoja también a otras organizaciones internacionales de carácter regional. Los acuerdos de Estados Unidos con China han dislocado toda la política del Oriente asiático: se han hecho fuera de los pactos mutuos, de los tratados, de las organizaciones. Y la NATO, en Europa, llora en estos momentos sobre la noticia de que la reducción gradual y equilibrada de fuerzas convencionales en Europa va a ser objeto de negociaciones directas entre Estados Unidos y la URSS. El tema se desprende de la Conferencia de Seguridad Europea, que era lo que querían los aliados occidentales; pero no para tratarlo en negociación entre los dos bloques militares —OTAN y Pacto de Varsovia—, sino para ser discutido en negociaciones bilaterales: es decir, sin que los países europeos, indudablemente afectados por la posible retirada de tropas convencionales de los Estados Unidos, puedan hacerse oír (en otro orden de cosas, hay que señalar que ésta era una de las propuestas del programa de McGovern, y Nixon se la ha quitado; Nixon, en lugar de discutir o rechazar los puntos de vista de su adversario, está apropiándose y realizándolos, lo cual es una habilísima forma de privar de programa a su adversario electoral).

LA política internacional admitida y declarada por los Estados Unidos es la de dirigirse personalmente a los «centros de poder», bien por el Departamento de Estado, las vías diplomáticas normales e incluso los viajes de Nixon, bien por el otro instrumento que está representando, con una dinámica increíble, Harry Kissinger. Es absolutamente imposible ahora saber cuándo estos contactos «de poder a poder» se deben a una labor insistente de la ONU, y a su propia existencia, incluso a la personalidad de sus secretarios generales. Como es imposible saber cuál sería el estado del mundo si la ONU no hubiese existido jamás. Son más problemas de ciencia-ficción que de política (aunque muy frecuentemente esta última sea tributaria de la primera, pero con algo más de pedantería y de falta de sensibilidad). Pero es lícito imaginar la sensación de tragedia y de vacío que acometería al mundo si de pronto se disolviese la ONU. Esta prueba imaginaria es válida para mostrar que no es tan ineficaz, tan superflua, tan tonta como los sarcasmos propios de estas fechas tratan de indicarlo. Parece que se trata, en suma, de una forma más de la vieja disputa entre parlamentarios y antiparlamentarios, entre los que creen que las cosas, las doctrinas y los conflictos se deben examinar, discutir y debatir, y los que creen que las direcciones generales deben hacerse en forma de pirámide, con un poder omnímodo en la cúspide.



EL «CASO DE ESPAÑA» EN EL MERCADO COMUN

Feliciano Fidalgo, periodista español (agencia Logos), hizo al Presidente de la República Francesa, Georges Pompidou, una larga pregunta en la conferencia de prensa del jueves 21. El núcleo central de la pregunta era éste: «Existe también la dimensión política que origina un debate entre las autoridades oficiales españolas, por una parte, que dicen que nada impide la entrada de España en el Mercado Común con las estructuras actuales, y, por otra parte, los que piensan, en España y fuera de ella, que sería preciso, para que ello se realizara, que las instituciones españolas evolucionen para hacerse semejantes a las de otros países de la Comunidad. El gobierno francés ha sido siempre, desde hace diez años, el que más ha favorecido una aproximación entre España y Europa. Le ruego, señor Presidente, que nos dé a conocer su opinión sobre el caso español».

La respuesta de Pompidou fue breve: «Soy partidario de la entrada de España en el Mercado Común, y deseo que pueda hacerlo lo antes posible, sin ignorar que hay aún dificultades económicas y objeciones políticas por parte de algunos». Frase muy comentada. Y muy interpretada. Para algunos, significa una nueva afirmación al apoyo francés para el ingreso de España; para otros, en cambio, introduce un elemento nuevo: «Esta es la primera vez que el Presidente galón pone de manifiesto la existencia de objeciones políticas, y no sólo económicas, para materializar ese ingreso. Parecidas expresiones fueron anteriormente formuladas por ministros nórdicos, el ministro del Exterior de Luxemburgo o el propio canciller de la República Federal Alemana». («Informaciones», 23-IX.)

Los ministros nórdicos, efectivamente, han vuelto a tomar la palabra para comentar el «caso de España», y lo han hecho de manera negativa. Son los que mantienen más seriamente las «objeciones políticas». Noruega y Dinamarca las han vuelto a levantar a las pocas horas del día

logo entre Feliciano Fidalgo y Georges Pompidou. Si Noruega se ha limitado a rechazarla —en palabras de su primer ministro—, Dinamarca, también por boca del primer ministro, Jens Otto Krag, llegó a amenazar con la utilización del derecho de veto para impedir la entrada española. Los dos primeros ministros tenían en ese momento pendiente de referéndum la aceptación por sus opiniones públicas de su propio ingreso en la Comunidad, y de ahí la urgencia en hacer pública esa declaración (el referéndum de Noruega se habrá resuelto ya a la hora de publicarse estas líneas: se votó el domingo y el lunes. El referéndum era puramente consultivo, y no decisivo, pero el primer ministro anunció que dimitiría si el resultado era negativo).

En otros países, las reacciones han sido más matizadas. Bélgica ha expresado oficialmente su deseo de que España ingrese, pero expresando que antes deberán evolucionar las condiciones políticas españolas para ajustarse a las normas de la Comunidad. Esta es la misma opinión de los otros dos países del Benelux (Holanda y Luxemburgo). En Italia no hay declaración oficial, pero se dice —a nivel de comentario periodístico— que los ministros italianos han hecho ya saber a sus colegas españoles que mantienen esa objeción política, sobre todo por la presión de la oposición sobre un gobierno inestable, al que es más fácil hacer concesiones en temas de política exterior que en los de política interior. Tampoco ha habido declaraciones oficiales en Gran Bretaña, Irlanda y Alemania Federal, pero en esta última se recuerda que la posición permanente del gobierno es muy favorable a España en el punto de vista económico, pero sin dejar de mantener su opinión de que es necesaria la «evolución» para participar en los organismos políticos y sociales europeos tal como están concebidos.

No se ha registrado hasta ahora ningún comentario oficial público del Gobierno español o de alguno de sus ministros.